

## CAPÍTULO IV.

Brasil.

A pesar de que el imperio del Brasil difiere mucho de las colonias españolas considerándolo bajo el triple aspecto de su organización política, de sus costumbres y su idioma; se les parece bastante examinándolo bajo el punto de vista de su problema económico, ya que en él se nota la misma falta de proporción entre el trabajo del hombre y la fertilidad de aquel privilegiado suelo. Sin embargo de que la Constitución política del Brasil ofrece más condiciones de estabilidad, porque su sistema está perfectamente deslindado y establecido, no se vé el imperio libre todavía de ciertas agitaciones que producen algunas veces serias crisis y trascendentales conflictos; si bien que estos ya se limiten á su vida interior, ya trasciendan al exterior, afectan siempre cierta regu-



laridad, y por más que se presenten graves algunas veces entre los partidos que se disputan el poder, nunca llevan tras sí otra consecuencia que un cambio más ó menos radical en el ministerio.

Segun la *Dirección general de estadística* brasileña, este imperio mide la superficie de 12.672,742 kilómetros cuadrados, ocupando en su vastísima extensión cerca la mitad de la América del Sur. Su población, que apenas llega á once millones de habitantes, no corresponde ni á su situación, que es la más á propósito para tomar parte en el movimiento intelectual y comercial europeo, ni á la riqueza de sus productos naturales. Sus costas en el Océano Atlántico miden una extensión de 8,500 kilómetros y tiene un sinnúmero de islas, importantes unas por la fertilidad de su terreno y otras por sus inmejorables condiciones geográficas. Sus principales puertos, entre ellos los de Bahía, Angra-dos-Reis y Rio-Janeiro, son capaces de dar abrigo á todas las escuadras del mundo reunidas. Esta misma extensión de su territorio hace que con dificultad hayan podido fijarse los límites de aquel vasto imperio, sin que bastaran dos siglos de continuas contestaciones entre España y Portugal para fijarlas. Hoy mismo se presentan algunas dificultades entre el Brasil y los Estados limítrofes. Estos son por el Norte, las Guyanas francesa, inglesa y holandesa, la República de Venezuela y los Estados-Unidos de Colombia; por el Sur la República del Uruguay y la Confederación Argentina; por el Oeste esta misma Confederación, el Paraguay, la Bolivia, el Perú y el Ecuador.

El Brasil, que podría sostener perfectamente 300 millones de habitantes y que, como hemos dicho, cuenta apenas once millones, segun el censo formado en 1874, comprende millon y medio de esclavos y 500,000 indios que viven en un estado casi salvaje. Su población, extremadamente diseminada, se reparte en veinte

provincias y el municipio independiente que lo constituyen la ciudad de Rio-Janeiro y sus anexas. Otra nueva circunscripción administrativa está á punto de establecerse que comprenderá las fértiles riberas de San Francisco, y llevando el nombre de este caudaloso rio, se formará con parte de los territorios que corresponden en la actualidad á las provincias de Pernambuco, Bahía y Minas-Geraes.

El imperio del Brasil, por su misma extensión, no puede presentar uniformidad en su clima. Abundan en él los lagos, le cruzan en todas direcciones grandes y caudalosos rios, entre los cuales se cuenta el más grande y profundo del universo, el admirable rio de las Amazonas que corre mas de 2,600 kilómetros por territorio brasileño y ofrece á la navegación, en union de sus afluentes, una longitud total de 30,000 kilómetros.

Erizado su territorio de montañas, algunas de las cuales alcanzan considerable altura, la temperatura que rige en aquel país es regularmente cálida, especialmente en las regiones del Ecuador. En los distritos del centro es menos sensible la acción del sol, que es más moderada aun en el litoral, á causa de las constantes brisas que allí reinan; y á medida que se vá acercando hácia el Sur se encuentra un clima salubre y agradable, especialmente en las grandes llanuras de Rio-Grande que constituye la principal entre las mejores comarcas del globo, y es únicamente comparable, entre los países americanos, á lo que es la fértil y templada Italia entre las regiones europeas. Esta es al menos la opinión sentada por el doctor francés Mr. Segaud en su libro titulado *Du climat et des maladies du Brésil*, y así debe ser, cuando los estudios estadísticos demuestran que la mortalidad de las grandes ciudades, incluso Rio-Janeiro, no llega á la de las capitales de Europa que se precian de tener mejor garantida la salud pública, sin embargo de haber pasado aquellos países por la terrible fiebre



*amarilla* de 1873, enfermedad debida en gran parte á las especiales condiciones en que viven los pueblos del Sur de América.

En cuanto á la vegetacion y productos minerales de aquel país, basta leer lo que acerca de su encantadora fertilidad han dicho todos los viajeros que lo han visitado, pues ninguno ha creido poder acertar á describir su magnificencia. Despues de Méjico, el Perú y Bolivia, el Brasil es el país que más metales preciosos ha dado al resto del mundo; pero, como en las demás partes de nuestra América del Sur, se nota allí la falta de brazos y de iniciativa, debida sin duda á la escasez de su poblacion, y á que la sôciedad brasileña, como hija de la conquista, cuenta la esclavitud entre sus fundamentos. El indio se vé todavía repelido por el hombre blanco, el látigo del señor tiene al negro encorvado hácia el suelo, y aun domina allí en gran parte la indolencia y sensualidad que tan bien se acomodan con las condiciones especiales de aquel clima y con la fertilidad de sus campos. Afortunadamente desde algunos años á esta parte el mundo antiguo manda á aquellas ricas y poco explotadas comarcas, trabajadores que con el nombre de colonos serán los principales agentes de la prosperidad del país. Veinte y cinco mil europeos llegan anualmente al Brasil repartiéndose entre el campo y las ciudades. Faltos de mujeres blancas, se unen á las indias y á las negras, de cuyas alianzas nacen séres á propósito para arrostrar con provecho los inconvenientes de los climas tropicales; lo que ha dado motivo á que otro escritor contemporáneo, D'Assier, haya dicho que tan solo por esta infusion incesante de sangre europea, por la rehabilitacion del trabajo, completándose en las ideas y en las costumbres, y por la accion vivificadora que ejercen los ferro-carriles en los países que atraviesan, proseguirá la civilizacion sus conquistas y tomará posesion de esos inmensos espacios, entregados aun únicamente á las fuerzas de la naturaleza, y que el desprecio que

el hombre libre siente por toda clase de ocupacion no proviene únicamente del clima, sino que tiene su origen en la creencia muy comun en los países serviles de que el trabajo deshonra, y que esta opinion, hija de la esclavitud, no puede desaparecer sino con ella misma.

En la primera parte de esta obra hemos visto, que huyendo delante de la armada francesa, la corte de Portugal pidió en 1808 asilo á su opulenta colonia del Nuevo Mundo. La presencia de Juan VI en el suelo brasileño, hasta entonces sujeto á todo el rigor del sistema colonial mas estrecho, dió por resultado que se rompieran las barreras que tenian todos los puertos cerrados para las naciones extranjeras. Despues de haber dejado de ser colonias para convertirse en reino en 1815, penetraron en el país las ideas de aquella época, y de ello fué una evidente prueba la revolucion de Pernambuco, que vino á ser en 1817 el primer paso que dió aquella nacion hácia su independenciam. Un ilustrado sacerdote, Juan Ribeiro, imbuido en los principios de igualdad y libertad que habian conmovido el antiguo sistema en Europa, fué nombrado presidente del gobierno provisional, y siendo el primero en dar el ejemplo habia seguido arrostrando toda clase de privaciones al ejército insurrecto mandado por Domingo José Martin. Ensayóse el sistema republicano que duró solamente dos meses y medio y Ribeiro siguiendo el ejemplo de Condorcet, en cuya doctrina se habia inspirado, se dió la muerte, y los realistas pasearon su cabeza puesta en lo alto de una pica por las calles de Pernambuco. Vencida la insurreccion, sufrieron los demás jefes el último suplicio, y la represion, que fué cruel é implacable, tuvo por uno de sus principales agentes al Conde de Arcos.

No impidió esto, sin embargo, que se hubiesen puesto en tela de juicio los derechos del país, y la permanencia de Juan VI en el Brasil se vió constantemente turbada por movimientos insur-



reccionales, promovidos unas veces por el aumento de los impuestos y los vicios de la administración de justicia, y otras por las exageradas exigencias del soberano y por su notoria parcialidad en favor de los portugueses; y por más que Juan VI se hizo proclamar en 5 Febrero de 1818, rey de Portugal, del Brasil y de los Algarbes, seguían en pie todas las causas de la iniciada escisión. Además grandes sucesos habían sobrevenido en Europa. La nación portuguesa empobrecida para atender al fastuoso lujo de Rio-Janeiro, abatida por ver que de improviso se había convertido en colonia para que pasara el Brasil á ser Metrópoli; viendo que sus riquezas iban á consumirse en América, sin que América le proporcionase utilidad alguna; reclamó la vuelta de la corte á Lisboa, y esta exigencia, natural en los portugueses, había de traerles la pérdida del Brasil. Cuando en 1820 estalló en Oporto la revolución que tenía por objeto dar un gobierno constitucional á Portugal, se conmovió nuevamente Pernambuco, Bahía y la provincia de Pará proclamaron la Constitución promulgada por las Cortes, mientras la corte de Rio-Janeiro soñaba en mandar una expedición anglo-brasileña contra Portugal. Colocado el débil y melancólico rey entre su esposa, la ambiciosa Carlota, que era el alma del partido absolutista y tenía una corte especial que se constituía en centro de oposición al gobierno de su marido, y su hijo mayor D. Pedro, que le aconsejaba hiciese algunas concesiones, tuvo por fin la fortuna de seguir los consejos de este, con lo que se apaciguó de momento la efervescencia popular, y aceptó por medio de un formal decreto las bases de la Constitución futura, decreto que fué leído por el mismo D. Pedro á la multitud reunida en el teatro de San Juan. Después, hastiado de un pueblo que en realidad nunca había querido, el infeliz monarca se embarcó en Abril de 1821 para Portugal, dejando la regencia del Brasil en manos del príncipe heredero, que contaba

apenas 22 años de edad, cinco días después de haber tenido lugar una terrible catástrofe. Estando reunidos en la Bolsa de Rio-Janeiro los electores que habían de nombrar á los diputados que les representasen en las Cortes de Portugal, y al manifestar su deseo de oponerse á la marcha del soberano, ó al menos que este les hiciese promesa formal de que siempre el Brasil conservaría los mismos derechos que la Metrópoli, fueron asaltados y fusilados á quema-ropa por la división auxiliar, causando treinta víctimas, y completando luego su obra entregándose al pillaje.

Durante la permanencia de Juan VI en el Brasil se iniciaron algunas mejoras en la colonización, civilización de las tribus salvajes y exploración de los grandes ríos y de algunas minas. Tomaron impulso la agricultura y la industria manufacturera; se fundó una escuela para la enseñanza de las matemáticas y de las ciencias militares; un hospital, escuelas anatómicas, de cirugía y medicina. Una colonia de artistas franceses, entre ellos Lebreton, Debret, Taunay, y otra de músicos italianos fueron llamadas al Brasil; se estableció una escuela de Bellas Artes, y se construyeron varios edificios notables y un teatro.

Por uno de esos actos de imprevisión ó inexperiencia, las Cortes restablecieron el sistema colonial para el Brasil, y contando con la guarnición de las ciudades, expedieron decretos tan impolíticos como provocadores y llegaron al extremo de querer obligar al príncipe regente que regresara á la Metrópoli. D. Pedro no quiso prestar obediencia á este decreto, y declaró en 9 de Enero de 1822 que permanecería en el Brasil, después de cuya declaración Rio-Janeiro, San Paulo y Bahía tomaron las armas para arrojar de ellas á las tropas portuguesas. El regente con una mecha en una mano y apoyado en una pieza de artillería con la otra, manifestó que sería el primero en disparar contra la división auxiliar si no se embarcaba inmediatamente; fué en persona á com-



batir en Minas-Geraes contra una insurreccion realista, y al regresar á Rio-Janeiro aclamó el pueblo con vivísimas muestras de entusiasmo. Así resultaron inútiles todos los esfuerzos hechos por los partidarios del régimen caído, para conseguir alguna ventaja durante la ausencia de D. Pedro. Posteriormente en 13 de Mayo, era honrado por los representantes de las provincias con el título de *Defensor perpétuo del Brasil*, y en 12 de Octubre la Asamblea nacional le aclamaba *Emperador constitucional*, despues que un decreto de 1.º de Agosto habia consumado la ruptura de todo lazo de dependencia entre el Brasil y la nacion portuguesa.

La revolucion fué más allá de lo que en su ambicion podia haber esperado el príncipe, quien aceptóla con todas sus consecuencias ansioso de ocupar el trono que acababa de erigirsele. Los consejos que al partir le habia dado su padre respecto á conservar mientras pudiese el Brasil para la corona de Portugal, ó para sí mismo en el caso de ser lo primero imposible, alentaron de tal modo las miras particulares de D. Pedro, que no desperdició ocasion de aprovecharse de las faltas del gobierno de Lisboa, faltas que le hacian cada dia mas apreciado de los brasileños. Al hacerse emperador constitucional de aquel país, se excusó á los ojos de su padre diciendo que era el único medio de conservar el Brasil para la casa de Braganza; y fueren ó no sinceras sus palabras, lo cierto es que todas las probabilidades son de que animados como estaban los brasileños contra la dominacion portuguesa, se hubieran constituido en República federal si no se hubiese establecido en monarquía independiente, ya que de todos modos estaba roto el lazo que los unia á la metrópoli. Inglaterra tuvo tambien su participacion en estos acontecimientos, pues el mando de la escuadra imperial se dió á lord Cochrane, y el gabinete de Saint-James por medio de su embajador trató de llevar la resignacion al ánimo del rey de Portugal, haciéndole notar

que despues de su muerte, el Brasil entraria naturalmente otra vez á formar parte de la corona portuguesa, por no haber renunciado su hijo D. Pedro al trono de Portugal al ser proclamado emperador por los brasileños. Pero el hijo de Juan VI no era el hombre que reclamaban las circunstancias para fundar un imperio. Ligado por su educacion y su origen á todas las preocupaciones de las antiguas córtes europeas, enamorado, impetuoso, esclavo de sus impresiones y sin fijeza en sus deseos, muchas veces indeciso en sus resoluciones; claro es que no respondia á las circunstancias que debe reunir un rey constitucional. Además, como en un principio le convino ganarse las simpatías del pueblo, se mostró dispuesto á aceptar instituciones eminentemente liberales, llegando hasta el extremo de hacerse proclamar gran Maestre de la francmasonería; pero tan pronto como se vió dueño del poder que ambicionaba, volvió á sus ideas absolutistas, mandó cerrar las lógias masónicas que antes habia protegido, se rodeó de favoritos, y comprometió para siempre su reinado al dar en Noviembre de 1823 su decreto para la disolucion de la primera Asamblea constituyente.

A pesar de que en la Constitucion de 1824, que él mismo redactó, se reconocian ciertas libertades, no pudo vencer ya el resentimiento que habia causado la conducta observada con el pueblo brasileño; y Pernambuco y Pará se resistieron, é invocando la soberanía popular que se desconocia, la primera se declaró en república, comprometiendo las provincias del Norte para formar la Confederacion del Ecuador; pero aunque Parahyba, Ceara y Rio-Grande del Norte secundaron el movimiento, fué este reprimido muy cruelmente, aplicando castigos que se hicieron odiosos, hasta el punto de que el descontento fué tomando creces y se generalizó en todo el imperio, adquiriendo mayor gravedad al sublevarse la provincia cisplatina, que reclamaba su independencia. Como na